

*Collection de la Casa de Velázquez - 55*

*Collection de l'École française de Rome - 105*

# CASTRUM 5

## Archéologie des espaces agraires méditerranéens au Moyen Âge

*Tiré à part*



Casa de Velázquez ♦ École française de Rome  
Ayuntamiento de Murcia

## EL ĠARB AL-ANDALUS. POBLAMIENTO Y FORMAS DE HABITAR

Claudio TORRES  
Campo Arqueológico de Mértola

Aunque nunca haya tenido ningún tipo de expresión administrativa bajo el Islam, el Ġarb al-Andalus surge sin embargo desde muy temprano como un territorio individualizado, a pesar de su diversidad regional. En todos los momentos de cariz descentralizador, el Ġarb desempeña siempre en al-Andalus un papel activo de constante complicidad en sus cinco territorios geohistóricos que le constituyen: el término de Coimbra, con Montemor el Viejo, y todo el Bajo Mondego; el estuario del Tajo, constituido por los centros aglomeradores de Lisboa-Sintra y Santarém; el Alto Alentejo, que une Badajoz, Évora y Alcácer do Sal en el mismo eje este-oeste; el Bajo Alentejo, con Beja, Aroche y Mértola; y finalmente el Algarve, antiguo término tardo-romano de Ossónoba que más tarde se repartirá entre Santa María de Faro y Silves.

La espina dorsal viaria que sale del puerto interior de Mértola y atraviesa el Mondego en Coimbra, sirve de soporte económico a los territorios asociados en el Ġarb al-Andalus. Supliendo el escaso cabotaje atlántico, este camino interior une entre sí los principales centros urbanos, poniéndolos en contacto con los mares del sur. La zona más urbanizada donde se sitúan las ciudades de Coimbra, Lisboa y Beja, es también la zona de fijación de pobladores ligados a intereses comerciales y políticos del Mediterráneo. Ya en época pre-islámica se fueron fijando aquí comunidades de orientales, sirios, palestinos o griegos, que fueron los introductores de las primeras religiones de salvación como el culto a Mitra, el judaísmo y el cristianismo en sus diversas variantes. Cuando, a partir del siglo IV d. C., comienzan a dibujarse las estructuras políticas del Imperio, son estas comunidades de mercaderes las que reorganizan completamente las funciones urbanas, creando nuevos polos aglomeradores (concentradores), en detrimento de la antigua ciudad-centro del poder romano.

### El poblamiento islámico

Van a ser estas comunidades urbanas, islamizadas muy temprano, las que introduzcan la nueva religión musulmana que, en realidad, es la que mejor se amolda a sus intereses internacionales y a sus circuitos mercantiles. A partir principalmente del siglo IX cuando las vías marítimas se vuelven más seguras con puertos de abrigo controlados policialmente, se multiplican los viajes a larga distancia en demanda de un Oriente que en esa altura ya ha abierto las puertas del Mar Rojo y del Golfo Pérsico a las especias del Índico y a las sedas y brocados del Extremo Oriente.

También, en el Occidente Ibérico, las ciudades islámicas crecen alrededor de élites cada vez más exigentes, donde se cruzan pueblos de los orígenes más diversos. Primero las guardias palatinas y después todos los contingentes militares serán constituidos por mercenarios, es decir, profesionales contratados en las zonas periférica. El grueso de los ejércitos estaba constituido tradicionalmente por caballeros bereberes norteafricanos reclutados como hombres libres y de acuerdo con su tribu. A veces, aunque menos de lo que habitualmente se admite, su estancia en campaña era más larga, yendo los guerreros acompañados de su clan familiar. Estos bereberes, originarios de las laderas del Rif o de las arenas del desierto, al pasar a profesionales de la guerra eran pagados directamente de los cofres reales en tiempos de paz, y en tiempo de guerra tenían derechos especiales de saqueo. Sería ingenuo pensar que, después de asentados en la Península Ibérica, retomarían en los áridos matorrales de Sierra Morena o en los inhóspitos valles de Guadarrama, sus antiguas actividades de pacíficos pastores de cabras. A estos soldados, unidos sobre todo por fuertes lazos familiares, era preciso pagarles bien su sumisión y mantenerlos apartados de la capital o de otros centros de poder para volver menos peligrosa su inconstancia y permanente revuelta armada. De ahí su asentamiento, desde las primeras campañas de pacificación de los siglos VIII y IX, en zonas periféricas de al-Andalus, cuya presencia se hace sentir muchas veces en la toponimia. Su asentamiento, según creo, es esencialmente militar y no, como muchas veces se ha afirmado, de tipo agro-pastoril con aldeas creadas por los intrusos en áreas despobladas o de escasa densidad<sup>1</sup>. Sus tareas eran sobre todo defender una línea de frontera, un paso de montaña o un determinado territorio urbano. Se fortifican en un castillo (*hishn*) en nombre del poder califal o de un señor local, y ponen las aldeas vecinas bajo su tutela. Las comunidades campesinas autóctonas difícilmente aceptarían convivir y mucho menos integrar a un grupo de mercenarios extranjeros. Desmovilizados, su disolución o fijación como grupo homogéneo sólo se podía concebir en un medio urbano cosmopolita.

Así, tenemos en al-Andalus, y por tanto también en el Ġarb, además de las inherentes contradicciones sociales entre los mundos urbano y rural, un creciente distanciamiento étnico, lingüístico e incluso religioso de la ciudad; distanciamiento que se va acentuando con las sucesivas migraciones de comerciantes o de profesionales de la guerra. Para una población total andalusí de 4 a 5 millones de habitantes<sup>2</sup>, el Ġarb rondaría los 500.000, de los cuales, seguramente, más de la mitad viviría en ciudades o en su dependencia directa. En los centros urbanos cohabitan los más variados grupos étnicos y profesionales prestandoles ese carácter tan propio de la ciudad andalusí. En las alcazabas y en los centros de decisión política se movían algunas familias que, muchas veces sin serlo, se afirmarían descendientes de las aristocracias árabes o yemenitas y que pocas veces deben haber salido de fuera de las áreas palatinas cordobesas. Su poder político y militar lo reparte con toda la vieja aristocracia hispano-visigoda, en su mayoría ya perfectamente islamizada en el siglo X y preocupada en forjar nuevas genealogías originarias de Damasco o Bagdad, que les asegurasen un lugar estable entre la nueva clase dirigente.

Los bereberes, bastante mal considerados en la refinada sociedad andalusí, pero terribles por las armas, son continuamente expulsados del medio urbano y sólo imponen masivamente su presencia durante los imperios magrebíes, cuando pasan a ocupar los acuartelamientos de las principales alcazabas. La gran masa humana que llena las calles de las ciudades es, no obstante, formada mayoritariamente por un colorido mosaico de mercaderes, artesanos y antiguos campesinos que pasaron a hortelanos-jardineros, llegados de los lugares más dispares y de raíces étnicas muy diferentes.

- 
1. P. GUICHARD, *Structures sociales • orientales • et • occidentales • dans l'Espagne musulmane*, Paris-Haia, Mouton, 1977, p. 275-276.
  2. J. Á. GARCÍA DE CORTAZAR, *Historia de España - Época medieval*, dirigida por Miguel Artola, Madrid, Alianza Editorial, 1988 p. 70.

Si admitimos para el Ġarb poco más de cien mil habitantes viviendo en los perímetros urbanos y sus arrabales, no será exagerado un número de 200.000 para una densa pero dispersa población por un área más vasta en dependencia indirecta de la ciudad pero perfectamente integrada en sus circuitos de comercialización. Es el caso de una vasta región, económicamente centrada en Lisboa, que incluye la península de Palmela y que llega a Santarém, Tomar y Torres Vedras. Las tierras son ricas y las aguas de los estuarios del Tajo y del Sado son una generosa fuente de alimentación. Situación semejante se observa en el Algarve, donde las huertas y frutales bordean una costa de aguas mansas que permiten una pesca abundante durante todo el año. Estas dos regiones, con su hábitat disperso de pescadores y campesinos, son manifiestamente las más densamente pobladas del Ġarb al-Andalus.

Fuera de las ciudades y apartados de sus círculos políticos e incluso económicos, se extienden vastos territorios interurbanos con manchas forestales, pastos y bosques donde circulan pequeños grupos trashumantes y donde se conservan comunidades rurales de viejo asentamiento histórico. Son pastores que practican también una agricultura de supervivencia, extendidos por los contrafuertes del Macizo Central y las vertientes reseca del Sur Ibérico hasta la serranía del Algarve. Su origen étnico es, sin duda, análogo al de los montañeses del Rif norteafricano, donde mantienen la misma volumetría y técnicas arquitectónicas, la misma gramática ornamental en las artesanías tradicionales<sup>3</sup>.

### Formas de habitar

La frontera geocultural que separa al-Andalus de las tierras del norte y que pasa por las líneas de cumbre que delimitan septentrionalmente la cuenca del Tajo, se aprecia también en las formas de habitar, en la construcción de las paredes, en los espacios, volumetría y funcionalidad de la casa. Fuera de este límite natural y en lo que se refiere al Ġarb, sólo la zona periférica de Coimbra y la propia ciudad presentan formas de transición, aliando técnicas del sur con tipologías de origen en las tradiciones norteñas. Por otro lado, la constitución de la familia y las estructuras de parentesco son determinantes en la organización y gestión de la casa y de las formas de habitar. Cualquier comunidad nómada o semi-nómada tiende a organizarse en clanes familiares de tipo endogámico. Es una estructura cuyas supervivencias vamos a encontrar, en forma más o menos visible, en las comunidades rurales de fuerte inclinación trashumante como las aldeas serranas del sur. La aridez y sequedad de los suelos, imponía prolongados desplazamientos estivales a las vertientes húmedas del Macizo Central y Sierra de la Estrella.

En el norte, de clima atlántico, los movimientos trashumantes, cuando existían, eran de pequeña distancia y la mayor parte de las veces cada población poseía su propia *branda*, es decir, una aldea de verano en la ladera de la sierra, hacia donde se desplazaba toda la población acompañando a su ganado. La aldea de invierno quedaba, sin embargo, accesible a desplazamientos diarios para su manutención y para el trabajo de la tierra. Estas comunidades agro-pastoriles, como prueban las supervivencias del «buey del pueblo» y del horno comunitario, mantenían una fuerte solidaridad social consolidada sin duda por los hilos de una familia extensa, pero practicaban una indesmentible exogamia con las comunidades vecinas. La expansión demográfica, iniciada en los siglos X y XI en toda esta región, se ve acompañada por una generalizada apropiación señorial, que debe haber contribuido de forma decisiva para un poblamiento disperso en *vilares* y *casais*, donde naturalmente es impuesta la célula conyugal. Esta forma de organización familiar también incentivada directamente por el recién llegado culto romano cluniacense, va a acompañar los movimientos de la «Reconquista», imponiendo rápidamente su modelo a todo el sur del país, especialmente en el medio urbano donde la mutación poblacional fue más completa.

3. Cl. TORRES, «Povoamento antigo no Baixo Alentejo», *Revista de Arqueologia Medieval* (Mértola, Campo Arqueológico de Mértola), nº 1, 1992, p. 189-202.

La ciudad mediterránea, y por tanto la ciudad islámica, debido seguramente a la increíble movilidad de los mercaderes y de sus clanes familiares tan extendidos por varios confines del mundo donde controlan sus caudales, era un enorme mosaico de grandes y pequeños grupos familiares siempre envueltos en la complicada estructura de la familia extensa, de cerrada complicidad, donde se mantenían en líneas generales principios endogámicos. Del mismo modo en zonas, tanto del norte como del sur del país, que, por una u otra razón, escaparon al control directo del nuevo orden feudal, sobrevivieron grupos humanos y pequeñas comunidades que continuarán a defender sus antiguas solidaridades familiares y a practicar ciertas formas de endogamia tradicional<sup>4</sup>.

Antes de la llegada de colonos, que a partir del siglo XII comienzan masivamente a fijarse en los conglomerados urbanos del sur, expulsando o dominando previamente a sus anteriores habitantes, no es creíble la existencia en el Ġarb al-Andalus, urbano o rural, de cualquier tipo tradicional de familia conyugal o nuclear. La organización de los espacios de la casa andalusí apunta francamente en ese sentido.

### La casa urbana y la rural

Una visión rápida sobre la casa tradicional en el norte y en el sur del país nos permite inmediatamente constatar que los modelos meridionales coinciden con el antiguo Ġarb al-Andalus. Sin embargo, más allá de permanentes y sucesivas influencias mediterráneas, no podemos olvidar los factores geoclimáticos que, de hecho, fueron inicialmente los que más contribuyeron para la delimitación de las áreas culturales.

De modo general, en los conglomerados urbanos actuales ya no se encuentran formas arquitectónicas y espaciales todavía ligadas a la casa de época islámica. Las ciudades, al ser completamente vaciadas de sus habitantes, por lo menos en su casco más antiguo, perdieron también la forma de organización familiar que en esencia era aquella que daba contenido a un cierto tipo de casa. Los nuevos pobladores, lejos de su medio ambiente y de sus comunidades de origen, llegaron desamparados y divididos en células unifamiliares. Son ellos los que van a tener que adaptar a sus hábitos y necesidades los conjuntos habitacionales que les fueron atribuídos, y gestionar espacios cuyas funciones les resultaban incomprensibles. Las obras de adaptación quebraron, inevitablemente, antiguas funcionalidades que les eran desconocidas y se crea otra dinámica en la relación entre lo público y lo privado en los accesos a las calles y a los pequeños callejones sin salida.

Por otro lado es cierto también que entre los recién llegados al sur, las familias medianamente acomodadas, en su mayor apetencia de promoción social, son más aptas para asimilar algo de la orgánica de la casa andalusí, de la cual, no raras veces, supieron aprovechar la adaptación climática. Tal vez debido a este hecho, todavía hoy es notoria la singularidad de las ciudades de antiguo asentamiento islámico donde a pesar de todo, la forma de organización del casco urbano, el reticulado viario y una cierta volumetría, tienen resonancias directas en el pasado medieval. Por estas razones se destaca la investigación arqueológica como único método capaz de poder responder a algunos de los problemas aparentemente irresolubles. Los resultados son concluyentes a pesar de insuficientes para la comprensión de posibles variantes regionales. Vamos a recurrir como es natural al caso ejemplar de Mértola.

---

4. Un ejemplo en la sierra algarvía donde encuestas antropológicas recientes muestran antiguos lazos familiares entre la totalidad de los habitantes de pequeños poblados. Otro es el hábito generalizado de usar la palabra «parente» entre habitantes y amigos.

El espacio intramuros de la antigua ciudad islámica del Guadiana se divide en dos grandes zonas urbanas: el conglomerado principal, constituido por la Villa Vieja, y un antiguo barrio anexo a la Alcazaba asentado en la plataforma artificial del posible *forum* romano y que fue completamente abandonado y transformado en cementerio después de la «Reconquista». En la Villa Vieja, las casas actuales, respetando sólo el antiguo trazado urbano, no se parecen en nada, en su organización interna, a las anteriores casas de época islámica exhumadas al lado mismo, en el barrio de la Alcazaba, o en Siyāsa cerca de Murcia, en Pechina (Almería) o en Valencia<sup>5</sup>. Incluso desde el nivel del suelo, todos los indicios arquitectónicos y decorativos apuntan claramente hacia obras de raíz durante los siglos XV y XVI. Los terremotos, siempre incriminados, no fueron, con seguridad, las causas principales de tan profunda reconstrucción.

En el barrio de la Alcazaba, surgido a partir de un programa constructivo de época almohade y abandonado durante la primera mitad del siglo XIII, los primeros resultados de la excavación indican, sin embargo, tipologías comunes a todo al-Andalus. Es un modelo de casa extendido por todo el Mediterráneo y que, con pequeñas variaciones modulares, se impuso no sólo por sus cualidades intrínsecas, sino también por su elasticidad funcional. La familia extensa urbana exige constantes adaptaciones, no sólo en la casa propiamente dicha, sino principalmente en la célula urbana en que se encuentra inserta, y a la que normalmente pertenece también una pequeña calle privada (*darb*), a la que se abren otras habitaciones que, teóricamente, pertenecen al mismo clan familiar. Cada casa forma parte de un conjunto solidario, y tiene capacidad para ser portadora de un subnúcleo familiar de ocho a diez personas.

Esta relativa movilidad de la casa urbana se acentúa en la casa rural, donde también es más compleja la polivalencia de sus espacios y compartimentos. Al contrario que la casa urbana de planta central, la vivienda rural del interior de la Sierra Algarvía, como cualquier otro asentamiento arcaico del interior meridional, se constituye por varios módulos pluricelulares que, de una forma general, tienden a ordenarse alrededor de un espacio más o menos rectangular, envolviéndolo por dos o tres de sus lados. La puerta de entrada se abre directamente a la calle por el patio-cerca, y los compartimentos oblongos que lo rodean parcialmente abren a él a través de un único vano. Las excavaciones en curso en el poblado abandonado de Alcaria Longa, en el término de Mértola, han mostrado en varios compartimentos de la misma casa, restos de hogar, lo cual atestigua la múltiple utilización de los módulos habitacionales<sup>6</sup>. A través de informaciones recogidas durante una encuesta etnoarqueológica, fue constatada la permanencia del mismo fenómeno de polivalencia funcional de la casa.

De este modo tenemos en las zonas de interior, o más accidentadas y de difícil acceso, una casa rural extremadamente conservadora, ya que su tipología parece emerger de época pre-romana con prolongaciones pertinaces hasta la actualidad. Es una casa con paralelos en el Oriente (*Shark*) de al-Andalus, en las sierras de Toledo y en las zonas de poblamiento beréber de Argelia. Esta casa, con sus múltiples dependencias alrededor de la cerca, es una pequeña pero poderosa máquina de producción que contribuye de forma considerable a la economía familiar. El trabajo está a cargo habitualmente de tres generaciones de mujeres: la abuela, la hija, las nietas y eventualmente algunas sobrinas. En invierno, se machaca la aceituna artesanalmente para hacer aceite. En las pequeñas piedras de moler manuales, se muele el

- 
5. J. NAVARRO PALAZÓN, «La casa andalusí en Siyāsa: ensayo para una clasificación tipológica», *La casa hispanomusulmana. Aportaciones de la arqueología*, A. BAZZANA y J. BERMÚDEZ (ed.), Granada, Patronato de la Alhambra, 1990, p. 177-198; F. CASTILLO GALDEANO y R. MARTÍNEZ MADRID, «La vivienda hispanomusulmana en Baḡyana-Pechina (Almería)», *ibid.*, p. 111-127; J. PASCUAL *et alii*, «La vivienda islámica en Valencia. Una aproximación de conjunto», *ibid.*, p. 305-318.
  6. Este yacimiento arqueológico, de la mayor importancia para conocer el poblamiento rural del Garb al-Andalus, que no tiene ocupación humana posterior al siglo XI, está sujeto a un proyecto de investigación arqueológica del Campo Arqueológico de Mértola y de la Universidad de Nuevo Méjico (USA): J. BOONE, «The first two season of excavation at Alcaria Longa: a caliph-taifal period rural settlement in the Lower Alentejo of Portugal», *Revista de Arqueologia Medieval*, nº 1, 1992, p. 51-64.

maíz pequeño para las papillas y el trigo para el pan. En primavera, es la movilización general de todas las mujeres para hacer los quesos de cabra y oveja, y en el verano preparar los higos, uvas y ciruelas secas para conserva. Entretanto, en todos los momentos libres, son ejecutados los complejos ciclos del lino y la lana, desde la esquila hasta el telar, de donde van a salir las ropas necesarias para todo el grupo familiar: las estopas y linos para camisas y faldas, los *sorianos* y *surrobecos* (estameña) para el invierno, y las calientes mantas de lana, utilizadas por los pastores en sus noches al relente y que también servían como moneda de cambio en las ferias y mercados.

En la casa campesina el mobiliario, casi exclusivo, está constituido por decenas de orzas y tinajas de todos los tamaños arrimados a las paredes o, los más pequeños, colgados de los barrotes del techo o de palos salientes de las paredes, aprovechando los orificios dejados por las agujas de los tapiales. Allí se conservan las grasas y mantequillas fuera del alcance de los ratones, así como los higos, ciruelas y uvas pasas. En orzas mayores se guardan las aceitunas, los garbanzos, las habas y varios tipos de harina. En grandes tinajas se almacena el aceite, el vinagre o la miel y principalmente el agua que se mantiene fresca en las piezas más decoradas, expuestas en un lugar destacado. En la cocina la cantidad de estos recipientes es todavía mayor. En el suelo de tierra batida, sólo hay espacio para un pequeño molinillo, para uno o dos barreños y naturalmente para el hogar. El fuego arde sobre algunos ladrillos asentados irregularmente, o en una pequeña fosa argamasada que sirve también para cocer el «pan de ceniza», muy corriente, incluso en la ciudad, entre las capas sociales más pobres<sup>7</sup>.

La casa urbana tradicional, al contrario, parece haber desaparecido de nuestras ciudades, donde apenas quedan algunos vestigios en los espacios públicos y en los semi-privados. La destrucción en nuestras ciudades del equilibrio familiar mediterráneo durante la «Reconquista», debe haber sido fatal para la comprensión y supervivencia de aquel espacio fresco y recatado que era el espacio por excelencia de la mujer. En cuanto al ejercicio del poder local, cada centro urbano detentaba tradicionalmente bajo su control, más económico que jurídico, un territorio o alfoz, cuya topografía, en la mayor parte de los casos, sufrió poquísimas alteraciones a lo largo de varios siglos, hasta el punto de que sus límites coinciden con los de algunos territorios municipales actuales. De la ciudad dependían directamente los campos y huertas circundantes, que diariamente abastecían sus mercados y un todavía mayor número de poblaciones rurales, las alquerías, cuyo gobierno era ejercido por asambleas de ancianos o aljamas. Cada alquería tanto podía ser un poblado único, fortificado o no, como un pequeño grupo de pequeños poblados, solidarios entre sí, que poseían en conjunto un área fortificada donde se refugiaban con su ganado en caso de peligro. La primera fórmula parece haber sido la más utilizada en las tierras agrícolas de hábitat concentrado del Alto Alentejo, y la segunda en las zonas serranas del Bajo Alentejo y Algarve, donde algunas no esconden completamente antiguos amurallamientos de cumbre. En estas laderas serranas, donde el poblamiento fue siempre de pequeñas poblaciones muy dispersas, una primera prospección etnoarqueológica —con incursiones en las tierras del Andévalo, al otro lado de la frontera actual— no sólo confirmó para época islámica, esta diseminación de hábitat, sino que también permite considerar la hipótesis de su gran movilidad e instalación precaria.

Con base en la existencia de locales antiguos de culto y de romería, y en la probable preexistencia de polos condensadores de una memoria territorial colectiva, constatamos que algunos de estos lugares, todavía hoy sagrados, como Nuestra Señora de Cola, Nuestra Señora de Araceli o Nuestra Señora de la Peña, fueron recintos fortificados donde se abrigan las poblaciones y sus ganados en caso de peligro.

7. E. GARCÍA SÁNCHEZ, «La alimentación en la Andalucía Islámica. Estudio histórico y bromatológico», *Andalucía islámica*, II-III, p. 139-177 (p. 150).